

# CRÓNICA ARQUEOLÓGICA DE LA ESPAÑA MUSULMANA

## XXI

### A J I M E C E S

*Zoraya no escuchaba tiempo hacía  
de la alméh la lectura: a los cristales  
del calado ajimez pegado el rostro,  
penetrar del crepúsculo anhelaba  
la oscuridad creciente: pero en vano.*

(Zorrilla, *Granada*, ed. París 1852, t. II, pp. 130-131.)

LA palabra «ajimez» despierta en nosotros rancios ecos románticos. Nuestros abuelos complacíanse en imaginar a bellísimas Fátimas, Zoraidas y Aixas, de negros ojos, labios bermejos y dientes marfileños, en el cuadro de un ajimez de arcos festoneados, sostenidos por una fina columna de mármol blanco. Así aparecen representadas en las páginas casi centenarias del *Semanario Pintoresco*, del *Museo de las Familias* y de las ediciones de Gaspar y Roig. La joven islámica está unas veces sentada indolentemente en el alféizar de la ventana, como

sumergida en melancólicos y vagos ensueños; otras, se apoya en la esbelta columna y registra con ansiedad el horizonte, tratando de avizorar al valiente Abencerraje que la corteja, o al caballero cristiano que la llevará a la grupa de su corcel, en loca carrera, hasta los dominios castellanos. La columnilla central parece preparada para colgar blancos alquiceles y almaizares y una escala. Por ella podrá subir el amante a estrechar entre sus brazos a la bella mora, casi siempre cautiva, o descender ésta para reunirse con su enamorado.

Se ha dicho que la historia de las postrimerías del reino granadino tiene un romántico perfume de leyenda, y que los relatos legendarios que a ellas aluden son, a veces, verdaderas adivinaciones de hechos reales. No ha llegado a nosotros referencia alguna contemporánea de esas escenas eróticas en las que las figuras se recortaban sobre los arcos de un ajimez, tan gratas a los escritores de mediados del siglo XIX. Pero, a falta de la escena histórica sentimental, podemos evocar la más dramática del joven Boabdil echando un «cordelito sutil» por una ventana, probablemente de la Torre de las Damas de la Alhambra, al que sus partidarios, situados al pie del adarve, «ataron una soga de lana bien gruesa, la qual él ató a un mármol», es decir, a la columna central de un ajimez, soga por la que se descolgaron el príncipe y su hermano para ir a refugiarse en Guadix, huyendo de su padre<sup>1</sup>.

Prescindiendo de esas sombras humanas que el romanticismo acumuló en el cuadro arquitectónico de las ventanas gemelas, veamos lo que era un ajimez en la España islámica. Al final de estas líneas, a las sugerencias románticas que la palabra evoca

<sup>1</sup> *Las cosas que pasaron entre los Reyes de Granada*, por Hernando de Baeza, apud *Relación de algunos sucesos de los últimos tiempos del reino de Granada; Bibliófilos Españoles*, (Madrid 1868), p. 20. Menos fe, por más tardío, merece el relato de Mármol: cuenta que Aixa, temiendo que el rey Abū-l-Ḥasan mandase matar a su hijo Boabdil, lo descolgó secretamente una noche, con una soga hecha de los almaizares y tocas de sus mujeres, por una ventana de la torre de Comares; abajo le esperaban los Abencerrajes para llevarlo a Guadix. (Luis del Mármol Carvajal, *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del Reyno de Granada* [Málaga 1600], f° 14.)

podrá añadirse una nueva de ocultación y misterio. Del auténtico ajimez desaparecerá la visión de la doncella musulmana, envuelta en blancas y holgadas vestiduras, para dejarnos tan sólo sospechar, más que ver, tras espesas celosías, la presencia de una figura femenina enclaustrada. La imaginación puede concebirla joven y de peregrina belleza, dulce y apasionada a la par. Las sombras de Fátimas, Zoraidas y Aixas seguirán poblando como antaño, aún más deseables por más ocultas y guardadas, los verdaderos ajimeces, de mayor encanto romántico que los así llamados hasta ahora, por pertenecer al vasto mundo de las cosas definitivamente desaparecidas.

La palabra española «ajimez», según el *Diccionario de la Real Academia Española* y Dozy, deriva de la árabe *al-šimāsa*, «la ventana» <sup>1</sup>, y ésta, a su vez, de la también árabe *al-šams*, «el sol» <sup>2</sup>. Un ajimez, según el citado *Diccionario* y el *Histórico de la misma docta Corporación*, es «una ventana arqueada, dividida en el centro por una columna» y, con significación anticuada, «un salidizo» <sup>3</sup>.

El llamado *Diccionario de Autoridades*, editado en 1726, ya admite la primera errada acepción: «Ventana hecha en arco, con una colúna de mármol, piedra o madera enmedio, que la sustenta y afianza, y unos dos o tres palos atravesados, que sirven de antepecho, para poderse assomar. Es voz árabe, que se conserva en Córdoba, y otras partes de Andalucía» <sup>4</sup>. La autoridad de la Real Academia hizo que se difun-

<sup>1</sup> Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, décimaquinta edición (Madrid 1925); *Supplément aux dictionnaires arabes*, por R. Dozy, segunda edición (Leiden-París 1927); *Glossaire des mots espagnols et portugais dérivés de l'arabe*, por R. Dozy y W. H. Engelmann, segunda edición (Leiden 1869).

<sup>2</sup> Pedro de Alcalá da la palabra *xemicia* (*šamsiyya*) para significado de «uentana de yeso como rexada» y de «uentana uedriera» (*Petri Hispani, De lingua arabica libri duo*, Pauli de Lagarde [Gotinga 1883]). La idea de sol va, pues, unida a todos estos significados.

<sup>3</sup> Academia Española, *Diccionario histórico de la lengua española*, t. I, A (Madrid 1933).

<sup>4</sup> *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido*

diese este significado de ajimez hasta en las ciudades andaluzas, en las que siglo y medio antes se conocía perfectamente lo que era. Así la vemos empleada por don Simón de Argote en sus *Nuevos paseos... por Granada y sus contornos*, editados en 1807, al describir el salón de Comares de la Alhambra: «En las tres [ventanas] de en medio, en lugar de ventana sencilla, hay un agimez, o ventana de dos arcos»<sup>1</sup>. La Alhambra será desde entonces el solar clásico de los ajimeces.

Unos años más tarde recoge y autoriza esa acepción Ceán Bermúdez. El ajimez consta, dice, «de una columnita en el medio, y de dos a los lados, para sostener dos arquitos con labores muy menudas»<sup>2</sup>. Trátase, pues, según los anteriores testimonios, de un arco gemelo de balcón o ventana, tema arquitectónico que se encuentra ya centenares de años antes del nacimiento de Jesucristo en la arquitectura doméstica, de barro, egipcia; difúndela bastante más tarde la bizantina, desde la que pasa a la árabe, adquiriendo extraordinaria expansión en las hispanomusulmana y mudéjar, sin que esté ausente de las medievales de Occidente.

Fué tal vez don Manuel Gómez Moreno el primero que en su *Guía de Granada* dijo que el nombre de ajimez aplicado a la ventana gemela era de notoria impropiedad, «pues en antiguos documentos consta que los aximeces eran balcones salientes, cerrados por celosías de madera, como los que se usan en nuestros conventos de monjas, y que permitían a las mujeres asomarse sin ser vistas desde el exterior»<sup>3</sup>. Más tarde, el hijo del artista y erudito granadino insistió en lo mismo, definiendo

de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua. Compuesto por la Real Academia Española, t. I (Madrid 1726).

<sup>1</sup> *Nuevos paseos históricos, artísticos, Económicopolíticos, por Granada y sus contornos*, II (Granada, s. a.), p. 104. La explicación que hace Argote del sentido de la palabra *ajimez* es posible que indique no ser entonces de uso frecuente.

<sup>2</sup> «Discurso preliminar» en la obra *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España*, por don Eugenio Llaguno y Amírola, t. I (Madrid 1829), p. xxiii.

<sup>3</sup> *Guía de Granada*, por don Manuel Gómez Moreno (Granada 1892), p. 35.

el ajimez como «saledizo ante una ventana, como balcón cerrado con celosías, para asomarse las mujeres sin ser vistas» <sup>1</sup>. Textos y documentos de fines del siglo XV y del XVI acreditan este significado y prueban la falsedad del relativamente moderno hoy vigente.

En el *Repartimiento* de Vélez-Málaga, ciudad conquistada por los Reyes Católicos en 1487, se cita «una casa de un aximez a la mano derecha» <sup>2</sup>. Muchos eran los ajimeces que había en las casas de Málaga a comienzos del siglo XVI, según una Real cédula de los Reyes Católicos, fechada en Granada a 12 de febrero de 1501, en la que señalan las calles de esa ciudad en donde debían estar los oficios: «Otro sy, en lo que toca al quinto capítulo en que se contiene que devíamos mandar que en las plaças e calles donde se Reparten los dichos ofiçios se quitasen los aximezes de las dichas calles e de las otras calles principales de la dicha çibdad, mandamos que la Justiçia e Regimiento desa dicha çibdad de Málaga provea çerca dello lo que viere que más conviene al bien e pro común della» <sup>3</sup>.

En esos años finales del siglo XV y en el XVI se siente la necesidad de reformar las lóbregas y angostísimas calles de las

<sup>1</sup> *Iglesias mozárabes*, por M. Gómez-Moreno (Madrid 1919), pp. 13, n. 4, y 403.

<sup>2</sup> *Repartimiento de Málaga y su Obispado, Vélez-Málaga*, por Juan Moreno de Guerra, apud *Estudios malagueños*, por varios autores (Málaga 1932), p. 392.

<sup>3</sup> *Documentos históricos de Málaga*, por Luis Morales y García-Goyena, t. II (Granada 1907), p. 97. Diez años antes, en 1491, con motivo de abrir en Málaga una nueva calle para poner en comunicación directa la plaza con la Puerta del Mar, pregonóse que su anchura sería de cuatro varas y tercia, y se prohibió poner aditamentos en las portadas que estrechasen la calle, y construir ajimeces volados (Archivo Municipal de Málaga, Libro primero de Cabildos, fols 890-891). En mayo de 1492 se ordenaba pregonar en la misma ciudad que todos los ajimeces que formaran salientes en las calles fueran derribados en el término de un mes, bajo pena de hacerlo el Concejo a costa de los dueños de los inmuebles, «porque cumple así a la sanidad de las gentes que estén las calles exentas e salgan los malos vapores e corran los buenos ayres, e para la buena reformación de la çibdad» (*Ibidem*, fols 157 v y 158, según cita de don Francisco Bejarano Robles, *Las calles de Málaga* [Málaga 1941], pp. 6 y 133). La disposición citada de 1501 prueba que las urbanas no siempre se cumplían.

ciudades hispanomusulmanas, cuyo tránsito dificultaban arcos, pasadizos y ajimeces salientes. En Granada, en 1498, para la ida de los Reyes Católicos, según documentos municipales, se ensancharon y allanaron calles, entre ellas la de Elvira, y quitáronse ajimeces. La *Ordenanza de edificios, de casas, y albañires, y labores* de esta ciudad, pregonada en su plaza de Bibarrambla el 3 de diciembre de 1538, dispone «que ninguna persona saque aximez, ni portal, ni passadizo, ni otra cosa semejante, fuera de la haz de su propia pared, en las calles, o plaças de esta Ciudad». Antes, el 7 de noviembre de 1532, se había pregonado en el mismo lugar, «que ninguna persona sea ossado de adobar, ni reparar ninguna aximez, ni cobertizo, sin licencia de la Ciudad, o de las personas que para lo ver la Ciudad nombrase y diputase» <sup>1</sup>. Uno de los títulos de las disposiciones del alarifazgo de Córdoba de 1503 decía: «De las salidas de los ajimeces e balcones que se hacen sobre las calles reales» <sup>2</sup>.

En vida de la Reina Católica prohibiéronse también los ajimeces que estrechaban las calles de Cádiz y Murcia <sup>3</sup>.

Hasta los comienzos del siglo XVI conservó la ciudad de Sevilla su estructura urbana medieval. El ilustre caballero sevillano Pedro Mexía, en sus *Coloquios o diálogos*, editados en 1548, escribía que en su ciudad natal «casi en nuestros tiempos se quitaron los ajimezes o salidizos, porque hacían las calles sombrías y húmidas», y que desde hacía diez años todos labraban «ya a la calle», habiéndose hecho «más ventanas y rejas en ella que en los treinta de antes». Durante el siglo XVI no dejaron de derribarse en Sevilla ajimeces o salidizos <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Título de las Ordenanzas que los muy ilustres y muy magníficos señores de Granada mandan que se guarden para la buena gobernación de su República (Granada 1552).

<sup>2</sup> Ordenanza del alarifazgo de Córdoba, de 1503, que estaba en el Archivo de la Casa de Alba (El Duque de Alba, *Relaciones de la Nobleza con sus pueblos y plan de una codificación de las ordenanzas dadas por los Señores a sus vasallos*, apud *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XCI, 1927, p. 317).

<sup>3</sup> *Elogio de la Reina Católica doña Isabel*, por don Diego Clemencín (*Memorias de la Real Academia de la Historia*, VI, Madrid 1821, p. 261).

<sup>4</sup> Por ejemplo, en 14 de noviembre de 1576 se libraron a Alonso Pérez

Existían en la Toledo del mismo siglo, a pesar de su ya remoto paso a manos cristianas, abundantes ajimeces, sin duda análogos a los andaluces, llamados salidizos. En una disposición de la reina doña Juana se dice que en bastantes de las calles públicas de la ciudad imperial estaban «edificados muchos edificios saledizos e corredores, e balcones, por las delanteras de las casas que salen por gran trecho a las dichas calles, e toman, e ocupan toda o la mayor parte dellas, de manera que las dichas calles están muy tristes y sombrías, de manera que en ellas no puede entrar ni entra claridad, ni sol, e de continuo están muy húmedas e lodosas e suzias», por lo cual dispone que en adelante «no fagan, ni labren, ni edifiquen en las calles públicas de la dicha ciudad, ni en alguna dellas, pasadizos, ni saledizos, corredores, ni balcones, ni otros edificios algunos que salgan a la dicha calle, fuera de la pared en que estuviere el tal edificio; ... por manera que las dichas calles públicas queden exentas y sin embarazo de ningún pasadizo, ni saledizo, ni otro edificio alguno de los susodichos, y estén alegres y limpias e claras, y puedan entrar y entre por ellas sol y claridad»<sup>1</sup>. Tras esta disposición hubiéronse de dictar otras para impedir el reparo de los antiguos salidizos y la construcción de nuevos.

El derribo de muchos toledanos en 1550 por el corregidor don Pedro de Córdoba dió motivo al desenfadado y popular poeta de esa ciudad Sebastián de Horozco, digno sucesor de Ibn Quzmān y del Arcipreste, para escribir unas coplas que finge dirigidas por una monja desde Sonseca, donde estaban la mujer e hijos del corregidor, reprochando a éste su estancia en Toledo, pues ausencia tan prolongada parecía desamor:

*Maldigo los salidizos,  
y a quien los edificó;  
maldigo los cobertizos,*

2.083 maravedíes «por lo que gastó en derribar los algimezes y saledizos que estaban en la calle de Francos» (Libro de Caja del Archivo Municipal de Sevilla, según cita de Santiago Montoto, *Sevilla en el Imperio* [Sevilla, s. a.], p. 13, n. 1).

<sup>1</sup> *Ordenanzas para el buen régimen y gobierno de la ciudad de Toledo* (Toledo 1858), pp. 194-195.

*pues con pleitos tan terrizos  
tanta ausencia se ordenó.*

.....

*Háme mucho lastimado  
saber que allá os empleáis  
muy junto al caño quebrado,  
y aún me ha escandalizado  
que las correas cercáis.*

A lo que el mismo Horozco dice contestar, por iguales consonantes, a ruego de don Pedro de Córdoba, no estar ausente de sus familiares, pues con ellos vive su alma; la ausencia no es permitida a buenos corregidores,

*Quanto más, que hay tantas cosas,  
tantos pleitos y litijos,  
que me tienen con esposas,  
por las calles polvorosas,  
no placer ni regozijos.*

.....

*Así en oyendo tocar  
el hombre los matracones,  
luego entiendo en derrocar  
salidizos y balcones <sup>1</sup>.*

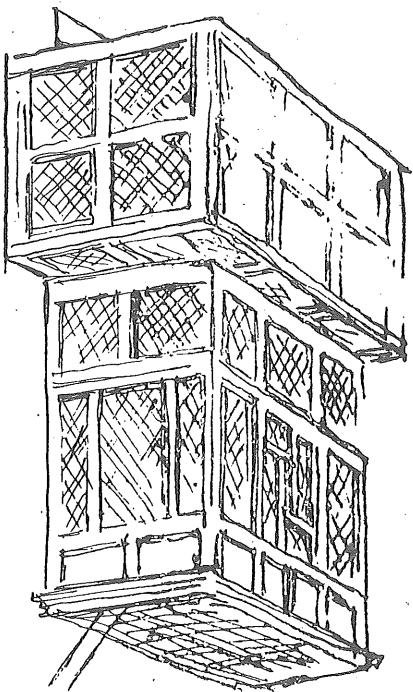
La tradición de estos ajimeces es oriental. Muy conocidas son las *mašrabiyya* de El Cairo, a las que los franceses dan el nombre de *moucharabiehs*, magníficas obras algunas de carpintería que animan las fachadas de las viviendas de la capital egipcia.

¿Cómo eran los ajimeces que sobresalían de los muros exteriores de las casas hispanomusulmanas, no tan desnudos y cerrados como suponíamos? De los repetidos derribos del si-

<sup>1</sup> *Cancionero de Sebastián de Horozco*, Sociedad de Bibliófilos Andaluces (Sevilla 1874), pp. 88-89.



glo XVI se salvaron algunos. Don Manuel Gómez-Moreno alcanzó a ver uno en el Albaicín de Granada, hoy desaparecido. Un dibujo de su padre de 1877, que acompaña a estas páginas, reproduce otro que hubo en Alhama. En una de las láminas de la obra *Civitates Orbis Terrarum*, vista de Granada en 1564 desde el nordeste, según un dibujo de Hogenberg, se ve una casa grande con varias torres, en cuya fachada oriental hay un mirador volado de madera —es decir, un ajimez—. Se llama en ese dibujo «Casa del moro rico»<sup>1</sup>, y hoy Carmen del Gran Capitán, edificado, afirmase, por éste<sup>2</sup>. En la ciudad aragonesa de Albarracín, cada día que pasa más menguada de vecindario, entre las viviendas caídas y otras cerradas, que no tardarán mucho en venir a tierra, se conservan algunas con unos pequeños ajimeces, destinados a desaparecer



Alhama

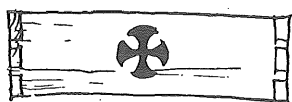
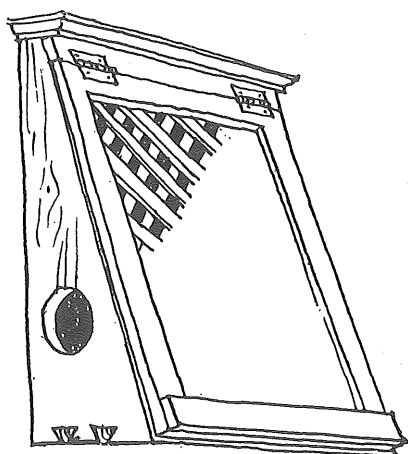
Alhama (Granada).—Ajimez desaparecido.

Dibujo a lápiz de Manuel Gómez Moreno (1877),  
interpretado por José Luis Picardo.

<sup>1</sup> Georgius Bruin y Franciscus Hogenbergius, *Civitates Orbis Terrarum* (Colonia 1587).

<sup>2</sup> *Guía de Granada*, por Gómez Moreno, p. 464.

en fecha próxima. Consisten en un cerco o marco de madera, colocado a haces exteriores de una ventana, en el que encaja un bastidor, cuajado de sencillos listones cruzados formando celosía.



ALBARRACÍN

*Albarracín (Teruel). — Ajimez en a ventana de una casa.*

*Dibujo de José Luis Picardo.*

Descansa en el marco el bastidor de cierre, formando un plano oblicuo, que separa del alféizar una tabla horizontal, prolongación de éste. Apoyadas en aquél y en la tabla, las mujeres podían registrar, sin ser vistas, tanto el frente de la casa como los costados, éstos a través de unos pequeños agujeros recortados en las tablas triangulares laterales del marco.

Don Mariano Roca Fuertes, beneficiado de la catedral de Teruel desde hace bastantes años, me dice que antes abundaban en esa ciudad las ventanas con celosía del mismo tipo.

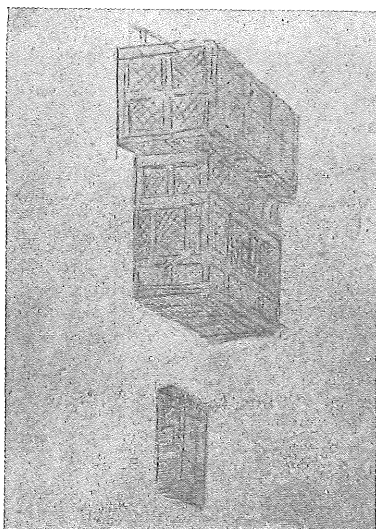
Tal vez en otros rincones perdidos de Aragón, comarca en la que la tradición hispanomu-

sulmana dejó tan honda huella como en Andalucía, queden más ejemplares.

Ajimeces debió de haber en la Alhambra, cuyos balcones y ventanas, totalmente abiertos hoy a la visión de la ciudad y de los campos y montes próximos, dan una impresión muy diferente de la más claustral que produciría la Alhambra mora; en una luz tamizada por las celosías brillarían con más intensidad la cerámica de los zócalos y el fuerte color de yeserías, mocárabes y maderas. Todos los huecos de balcones que hay en el alcázar granadino es de presumir que los tuvieran volados de madera; también pudieron tener ajimeces las ventanas, en forma parecida a los descritos de Albarracín y a los conventuales aludidos más

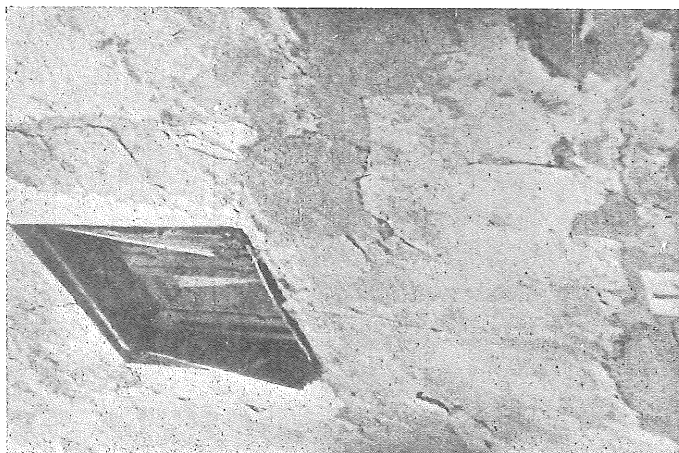


*Granada.* — Casa de Castri!. De-  
talle del escudo sobre la puerta,  
con la representación de la torre  
de Comares y ajimeces en sus  
balcones.



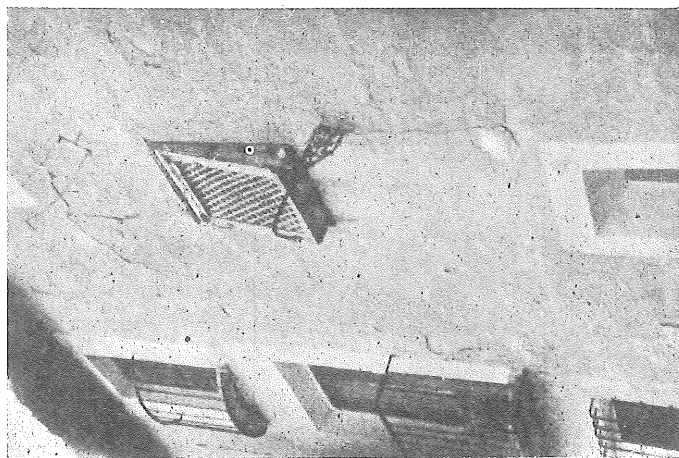
*Albama* (Granada). — Ajimez árabe en  
la fachada de una casa.

Dibujo de M. Gómez Moreno (año 1877)



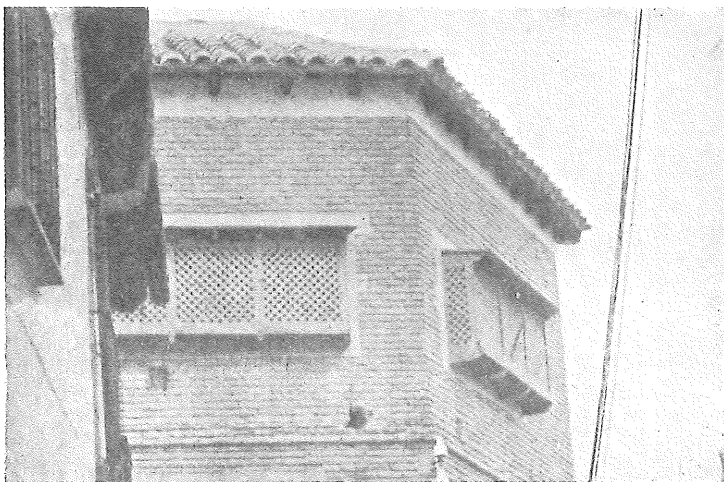
*Albarracín (Teruel). — Restos de un ajimez  
en la ventana de una casa.*

Fot. M. Rodríguez Hernández.



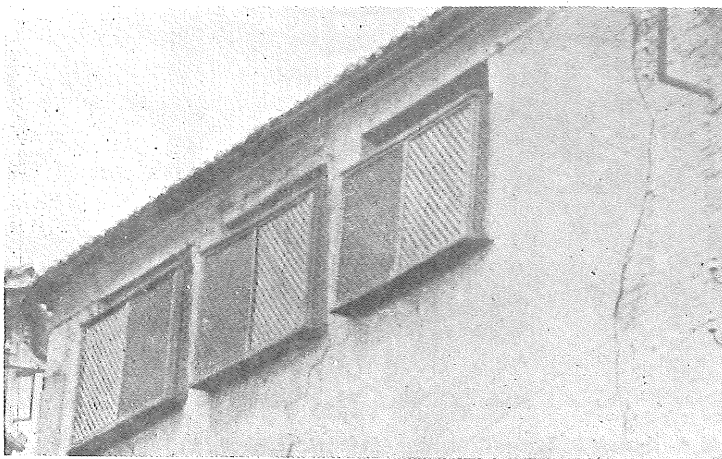
*Albarracín (Teruel). — Ajimez en la ventana  
de una casa.*

Fot. M. Rodríguez Hernández.



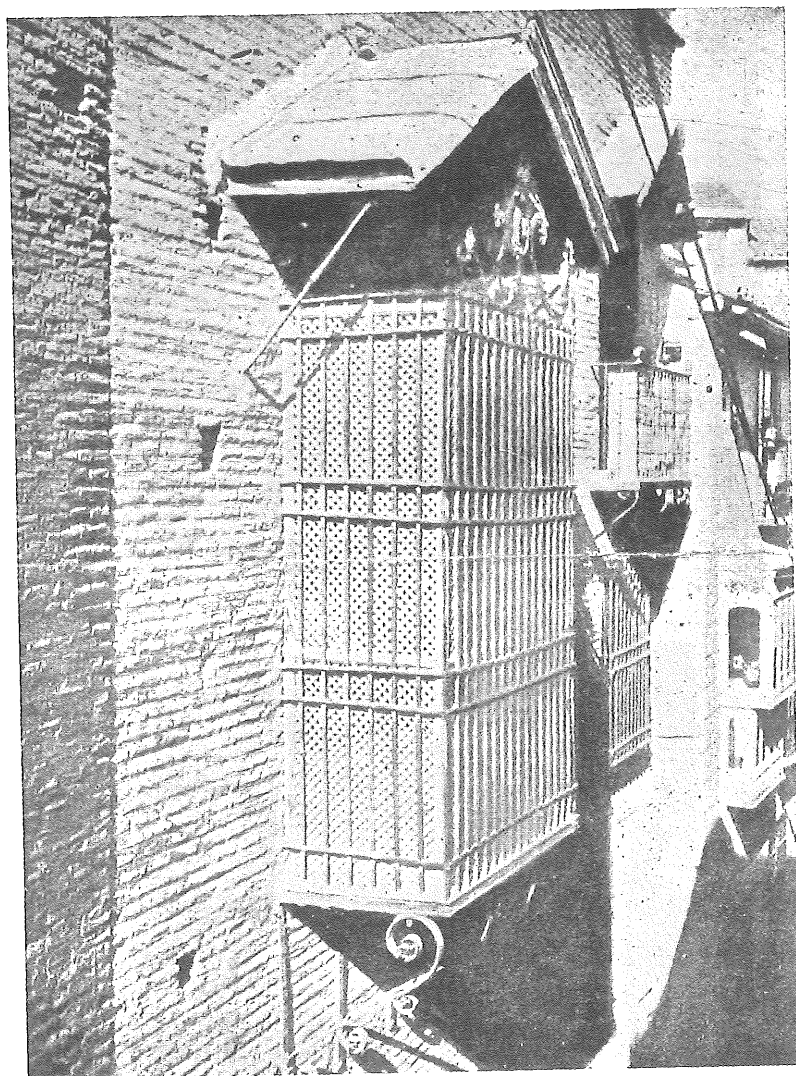
*Toledo.* — Ajimeces en el convento de Santa Isabel la Real.

Fot. C. Cort.



*Toledo.* — Ajimeces en el convento de la Madre de Dios.

Fot. C. Cort



*Toledo.* --- Ajimez en la capilla del Santo Cristo de las Aguas, en la parroquia de la Magdalena.

adelante. Bajo el balcón que hay en el frente de la torre de Machuca, obra de Yūsuf I, encontré, empotrados en el muro, los extremos de dos grandes vigas a cada lado, superpuestas e inclinadas hacia lo alto, a modo de jabalcones; sostuvieron sin duda un grande y volado ajimez.

Ajimeces hubo también en los balcones de la torre de Comares. Los reproduce el relieve que la representa y figura en el escudo situado sobre la clave de la puerta de la Casa de Castril, en la misma Granada, en la que consta la fecha de 1539. Tuviron esos ajimeces guardapolvos, solados con ladrillo en 1588, según cuentas del archivo de la Alhambra <sup>1</sup>; las cajas de los maderos que los apeaban aparecieron al hacer la reparación de 1931-1932. Probablemente se arruinarían al volar la casa del polvorista junto a San Pedro en 1590 <sup>2</sup>. En 1687 se propuso quitar tres de esos guardapolvos por estar podridos <sup>3</sup>.

De los ajimeces proceden sin duda — compárese el dibujo del de Alhama con las fotografías de Málaga — los cierros o miradores que se construyeron en muchas de nuestras ciudades hasta bien entrado el siglo XIX. Su forma, compuesta de dos partes, una baja más reducida y otra encima, que avanza algo sobre ésta, lo que permitía registrar la calle bajo el mirador y apoyar los brazos y recostarse en el vuelo, es la misma de algunos ajimeces. Era frecuente que los miradores, sobre todo en la Andalucía baja, pudiesen cerrarse totalmente con hojas de madera.

También derivan de los ajimeces arábigos los balcones con grandes y voladas rejas cerrándolos por todos lados, verdaderas

<sup>1</sup> Arch. de la Alhambra, leg. 240 moderno y 256 antiguo.

<sup>2</sup> Según la documentación del archivo de la Alhambra, la voladura de la casa del polvorista produjo grandes daños: «en la cuadra principal, ... ques la Torre de Comares, rompió e quebró derribando por el suelo todas las vedrieras, que tenía la dicha cuadra, altas y bajas..., de manera que no están de provecho... Así mesmo en la dicha cuadra se llevó y cayeron en ellos... ventanas hechas pedazos todos» (Leg. 228).

<sup>3</sup> Colocáronse en estos balcones antepechos de hierro forjado en 1632, lo que indica que habían desaparecido en esa fecha los ajimeces. De los antepechos tan sólo permanecen los de los huecos que abren a levante.

jaulas que solían tener hojas de madera o celosías para ocultar por completo su interior, y un guardapolvo, casi siempre a dos vertientes, para protegerlos del sol y de la lluvia. Se conservan ejemplares en toda la España influida por la civilización islámica. En Toledo hay dos, uno en la iglesia de la Magdalena, y en el convento de San Pedro Mártir el otro.

Es en los antiguos monasterios de monjas, sugestivos islotes en los que la vida ha permanecido casi invariable a través de los siglos, donde se conserva más pura la tradición de los ajimeces morunos. En los conventos toledanos de Santa Isabel la Real, de la Madre de Dios, de Agustinas Calzadas, de San Antonio, hay todavía ajimeces, rehechos algunos en fecha reciente. Casi todos son de ventanas, parecidos a los descritos de Albaracín.

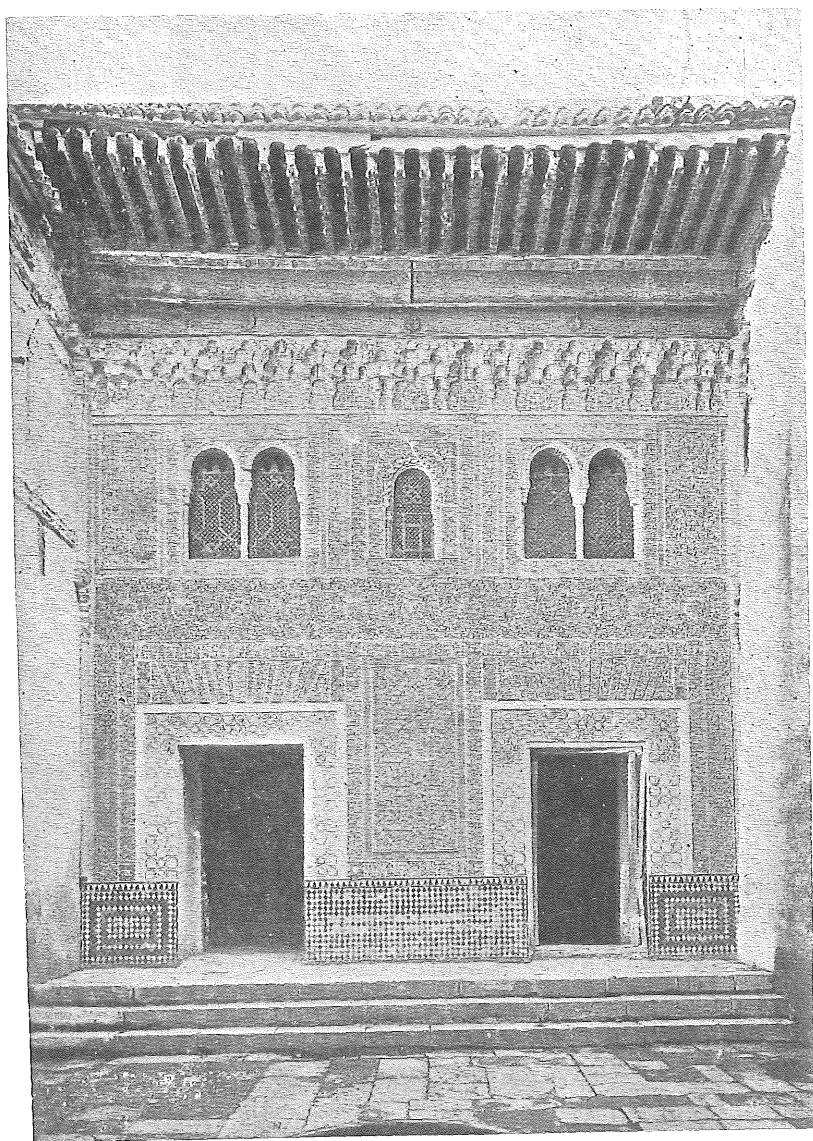
La vida familiar castellana hacía innecesario el ajimez, y ya hemos visto cómo se fueron derribando. Pero el ambiente social quedaba impregnado de esencias hispanoislámicas. Desaparecidos los ajimeces, la mayoría de las burguesas, en tierras andaluzas singularmente, siguieron haciendo vida claustral durante siglos. El hueco a la calle, la mirada sobre lo que por ésta pasaba, era su gran distracción, su escapada hacia un mundo distinto al de las monótonas faenas diarias. Mas siempre entre la mujer — en la ventana, en el balcón, o en el mirador — y la calle se interponía una pantalla, en forma de celosía, persiana, postigo o frondosas macetas. A Mme. d'Aulnoy le pareció Madrid en 1679 una enorme jaula para engordar pollos, pues desde el suelo de la calle hasta el cuarto piso de las viviendas no se veían por todas partes más que celosías o persianas con agujeros muy pequeños, detrás de las cuales estaban siempre las mujeres espionando a los que pasaban <sup>1</sup>. Hasta hace pocos años el hueco exterior de su vivienda tenía tanta importancia en la vida de la mujer meridional como seguramente la tuvo el ajimez en la de la musulmana andaluza. Tras la época del ajimez cerrado y misterioso vino la del balcón con celosía y la del mirador. La española de

<sup>1</sup> *La cour et la ville de Madrid vers la fin du XVII<sup>e</sup> siècle*, Relation du voyage d'Espagne, por la condesa d'Aulnoy (París 1874), pp. 489-490.





*Málaga.* — Miradores en los que se continúa la tradición de los ajimeces.



*Granada.* — Alhambra. Fachada del Cuarto de Comares.

Fot. Garzón.

hoy parece haber salido definitivamente del gineceo, y balcones y miradores es posible que dentro de unos años sean tan extraños a la vida de entonces como lo son ahora los ajimeces a la nuestra. Para evocarlos habrá que ir a algún barrio pobre y excéntrico de las grandes ciudades o a una provinciana en decadencia.

Más claustradas aún que las mujeres musulmanas, las monjas de algunos viejos conventos españoles son las últimas representantes, en este aspecto, de un mundo desaparecido hace siglos. Tras los ajimeces, invisibles, aún siguen dirigiendo miradas curiosas, desde un cerrado islote, casi invariable a través de centenares de años, en el que cambios y mutaciones son mínimos, sobre una vida urbana en continua y rápida transformación<sup>1</sup>. —  
L. T. B.